

TRAVESIA

# MANIZALES ONCE AÑOS DESPUES

Entre el 16 y el 22 de septiembre se ha celebrado en la ciudad colombiana de Manizales el VI Festival Internacional de Teatro, que reanuda así su histórico trayecto después de una interrupción de once años. La legendaria cita del teatro latinoamericano que marcó toda una época de discusiones, debates y formulaciones políticas urgentes, ensaya un modelo abierto y plural. En representación de España participó la madrileña compañía Espacio Cero con "Camaralenta".



La plaza Bolívar, frente a la catedral, fue escenario del teatro de calle. (Fotos: Bieiva)

**MOISES PEREZ  
COTERILLO**

A veces el nombre de una ciudad no se conforma con delimitar un área urbana, ni una capitalidad, ni siquiera un modo de vida. Hay nombres de ciudades que terminan convirtiéndose en conceptos, que explican territorios que no aparecen en la geografía y, extrapolados de los mapas, es preciso buscarlos en los diccionarios de las más extrañas disciplinas. Buscar el término Manizales en un diccionario de teatro es encontrar un denso cargamento de pasiones, un campo de batalla, el horno donde se fundían a punto de ignición la práctica artística y la lucha política.

Decir Manizales hace quince años era decir teatro latinoamericano en estado químicamente puro y en vertiginoso punto de aceleración. Su onda expansiva no se limitó al continente americano. Los dogmas de aquel cre-

do teatral conquistaron fervorosos militantes, admiradores sinceros y tibios simpatizantes en las más alejadas provincias del mundo y, de puertas adentro cerraron filas de un movimiento teatral en Colombia que durante muchos años fue un modelo de organización en profesión tan insolidaria. Seguramente el mecanicismo radical de algunos de sus seguidores colocó la hoguera de Manizales al borde de la extinción, cuando el festival cumplía su quinta edición en 1973. Su resurrección más de diez años después, ha avertado las cenizas de aquel incendio, y sobre ellas ha vuelto a encender una luz nueva y matizada sobre muchos interrogantes y sobre un paisaje humano, político y hasta cívico que parece haber mudado de piel.

Entre el 16 y el 22 de septiembre, Manizales volvió a celebrar su fiesta teatral interrumpida. El Manizales del 84, aun asumiendo la historia pasada, poco o nada tenía que ver con el fragor de sus primeras ediciones. Nadie ha invocado los maratonianos y justicieros debates a representa-

ción concluida. Nadie ha llamado a Mario Vargas Llosa "lacayo del imperialismo norteamericano", ni han ardo en auto de fe las obras de Enrique Buenaventura, consideradas en los primeros setenta como tibiamente reaccionarias. En el Manizales posiciones que hubieran terminado en lapidación pública hace quince años y el estricto dogma de la creación colectiva ha quedado en lección de catequesis militante. Encaramándose por encima de sus dificultades, tratando de asumir las contradicciones y reconociendo sus límites, los organizadores del VI Festival Internacional de Teatro han antepuesto a todas las consideraciones la voluntad de volver a celebrar un encuentro teatral que convoque a las más dispares experiencias, que provoque el acercamiento de la ciudad al acontecimiento escénico, mientras se distiende el conflicto interno y se buscan intermedios en una profesión teatral en Colombia escindida en posiciones momentáneamente irreconciliables. Ese ha sido su principal acierto.

**CONTRA VIENTO Y MAREA**

Manizales ha vuelto a recuperar así, orgullosa de sí misma, una manifestación teatral que llegó a ser punto crucial en la cultura de Latinoamérica, reivindicando para su personalidad, anárquicamente creadora, un suceso que se había escapado de sus manos. Este gesto de la capital del departamento colombiano de Caldas certifica una vez más la breve e impulsiva biografía de una ciudad sorprendente por su vitalidad, por sus contrastes, por su surrealismo cotidiano. Y es una hazaña que hay que añadir a la larguísima lista de sus enormidades, desde la gótica catedral de cemento "carravista", donde siempre riñe a los cómicos monseñor Pimiento, a la invención de una "farra de Sevilla" en enero, pasando por la ya lejana importación de un ferrocarril desde Escocia en el siglo pasado, del que queda una deliciosa estación convertida hoy en facultad universitaria. Batallas todas que vistas desde la serenidad de los llanos de la meseta pudieran tomarse por

excentricidades de los brumosos habitantes de aquella alta ciudad, tendida sobre la doble vertiente de una cordillera y peñada a la raya por una calle principal, sobre la que hace equilibrios el trazo urbanístico de una ciudad abigarrada, que se empeña en aparecer coqueta, sugestiva y siempre sorprendente. De Manizales de hace once años han desaparecido cosas entrañables. Este cronista ha echado de menos aquella portentosa gallera de madera donde vio con ojos de neófito uno de los mejores espectáculos del TEC de Cali. *La denuncia*, de Enrique Buenaventura que en aquel diminuto albergo escénico adquirió dimensiones de especial elocuencia. La fiebre urbanística ha barrido deliciosos y placenteros tugurios, "tintaderos" (al café se le llama tinto) de música enmormozada y radiofónica... pero por suerte no parece haber alterado el ritmo de sus habitantes, ni su hospitalidad, ni su curiosidad por lo nuevo, ni su alegría.

Y habría que decir, por más que sea brevemente, que hace once años, aquella última edición del Festival de Manizales tuvo cierta trascendencia para el teatro independiente de España. Entonces hicieron su viaje bautismal a Colombia La Cuadrá de Sevilla y Tábaro de Madrid y junto, con o dentro de ellos al guiso puerco del teatro (actores, directores, autores y periodistas y organizadores) que de vuelta a España pusieron en marcha una semiclandestina organización teatral, "Estudio de Teatro", que hacía las veces de coordinadora, laboratorio, oficina de programación y órgano informativo, del que nació la publicación teatral "Pipirijaina". Un conjunto de actividades que tuvieron su comienzo con un viaje de Enrique Buenaventura que explicó el método de la creación colectiva con envidiable fiereza y dominio de la situación la mañana que volaba por los aires el coche de Carro Blanco, mientras un retén de sus alumnos echaba de vez en cuando miradas inquietas a Las Salesas, donde se celebraba el "Proceso 1.001" y poco antes de que terminara el plazo de "asilo" en el Instituto Alemán de Madrid, lugar del encuentro.

El movimiento teatral independiente en España cruzó también su trayectoria por el nudo de experiencias de Manizales y debe a la entonces naciente Corporación Colombiana de Teatro uno de sus intentos de organización y no poca de su pasión movilizadora.

#### AUSENCIA

Seguramente por esa razón la ausencia de los principales colectivos de teatro de Colombia de esta renacida cita de Manizales ha sido el aspecto más lamentable y la nota discordante de la VI edición del festival. El fantasma de los ausentes, sus razones invocadas o rebatidas, las opiniones que merecían su actitud llenaron los coloquios, los comentarios de pasillo y las colas previas a los espectáculos. La Corporación Colombiana de Teatro, que cumple ahora 14



El Teatro Libre de Bogotá en "La balada del café triste".



"El herrero y la muerte" (abajo), del Teatro Circular de Montevideo.

años, y especialmente los grupos reunidos en una coordinadora (CORTINA), propuestos por la corporación para negociar su presencia en el acontecimiento de Manizales, se retiraron de las negociaciones y estuvieron ausentes del festival. Se consumaba así la ruptura entre la corporación y el organismo gubernamental Colcultura, que a través de su órgano consultivo, el Consejo Nacional de Teatro, seleccionó grupos y financió espectáculos encomendados a directores para asegurar la participación colombiana en el festival. "La decisión oficial —decía en uno de los coloquios el crítico colombiano Eduardo Miralles Daconte— había apostado por una de las corrientes teatrales del país con sus argumentos burocráticos, ignorando una realidad teatral y un patrimonio acumulado durante veinte años, sustentado por un creciente número de teatristas profesionales que han ganado un sitio destacado en la historia de nuestra cultura a fuerza de creatividad, coraje y sacrificio; en una trayectoria de búsquedas que se propone erigir una dramaturgia nacional, como es también el caso de una plástica, una literatura o una música propias, para contribuir así a la configuración de nuestra identidad cultural frente al mundo".

Desde una posición oficialista, el profesor Eduardo Gómez, miembro del citado Consejo Nacional de Teatro, expuso los riesgos que a su juicio introducía en el teatro contemporáneo de Colombia un cierto "chauvinismo" nacionalista de corte revolucionario, señalando el proceso más diversificado y menos dogmático en los últimos cinco años, donde se abandonaban los clichés y las consignas "desde que el teatro político comenzó a dar señales de fatiga y repetición, abandonando un cierto maniqueísmo, la idealización y un discurso marxista empobrecido por irradiaciones estalinistas".

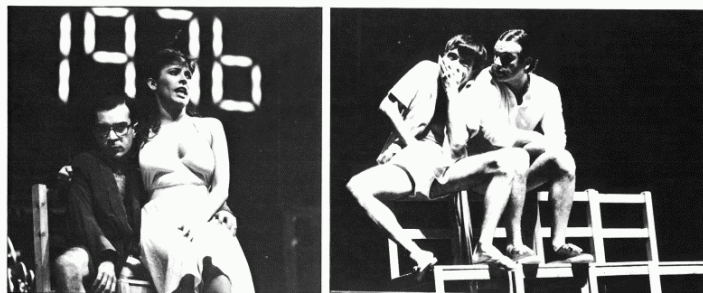
Que el Manizales 84 haya per-

mitido armar ese debate público en medio de la tolerancia no evita de pasión, que los principales grupos ausentes, el TEC, la Candelaria, el TPB... se hayan limitado a hacer públicas las razones de su marginación del festival, que no haya aparecido la sombra del boicot en ningún momento ni se hayan prologado las descalificaciones y que muchas de las compañías participantes en Manizales hayan hecho escala de regreso en la sala de teatro de la Corporación de Bogotá, o que los propios organizadores del festival, con Odalvío Arbeláez a la cabeza, hayan optado por la vía del pragmatismo, celebrando el festival contra viento y marea, expresando abiertamente su deseo de ver resuelto el conflicto que hoy divide a la profesión teatral colombiana e invocando la mediación del dramaturgo y director Carlos José Reyes para resolver el contencioso, son todos ellos síntomas de una madurez y una coherencia impensables en las últimas ediciones del Festival de Manizales.

Y es bien deseable que así ocurra y que el invocado diálogo nacional pactado en tregua por el presidente Belisario Betancur y las principales organizaciones armadas de Colombia, que ha comenzado ya a dar los primeros frutos de distensión y racionalidad, registre también

un pequeño apéndice de concordia teatral. Podría recordarse que la hermosa celebración de la firma de la tregua, con la masiva participación de los artistas que consiguieron movilizar a la población hace unas semanas en esa colectiva pintada de palomas blancas por la paz, tuvo como agentes dinamizadores a los "teatristas" de la corporación.

El propio presidente Betancur se desplazó a la inauguración del Festival de Manizales para sumarse a la fiesta y para pronunciar hermosas palabras de diálogo y esperanza: "... Estamos en una patria que ha abierto un diálogo en donde todas las palabras de libertad son benditas, en donde son benditas todas las palabras por la libertad; una patria en donde todas las palabras son himnos de libertad". O también, "la belleza del teatro reside en que desde ese texto puede derivarse una representación. Y que de la representación puede desprenderse una lección. Esto es útil y hermoso, como diría Horacio, pero no es definitivo. Lo abierto y lo fecundo es que desde aquí se abre, infinito, el diálogo de la esperanza". Y el presidente encajó con humor y pragmatismo la irrupción fuera de programa de un cómico en zancos que le obsesó con una paródica protesta en medio del protocolo inaugural.



Dos momentos de "Bésame mucho", del brasileño Aderbal Teatro.



"La calle Simpson", del teatro Rodante Puertorriqueño.

#### MUESTRA

La representación colombiana quedó encomendada a seis espectáculos en la muestra oficial y tres más en la muestra paralela, con expresa mención del currículum de seis directores. Ricardo Camacho, Juan Monsalve, Rodrigo Saldarriga, Teobaldo Guillén, Enrique Vargas, Jorge Vargas y Jorge Vanegas. Tan sólo alcancé a ver dos montajes de aficionados. *Las convulsiones*, de Luis Vargas Tejeda, un epigono moratiniano del siglo pasado, y *El mítico burdel*, del Teatro Escuela Sática de Manizales, en un esperpento de trazo grueso, a caballo entre las preceptivas de Valle y de Brecht, muy y regocijadamente acogido por el público, entiendo que por razones extrateatrales, al subir a escena un personaje mitad leyenda, mitad realidad, la madre Anatolia, que sobrevivió a siete papas y fundó en la propia ciudad un convento que terminó por clausurar el obispo de Manizales. De los grupos profesionales, el Teatro Libre de Bogotá, dirigido por Ricardo Camacho, el extremo más radical del Manizales 73, presentó una versión de Albee sobre un cuento de Carson Mac Cullers. *La balada del café triste*, una soporífera sesión pretenciosa, con una escenografía en madera como de nuevo rico, para contar

en tres horas la niñez de una historia que se resume en tres minutos. Empalago y tedio.

De Estados Unidos, el Teatro Rodante Puertorriqueño llevó *La calle Simpson*, dirigida y, esta vez, interpretada también por Miriam Colón, espectáculo conocido por el público español que ha sabido conservar la emoción, la verdad y la tragedia cotidiana de los hispanos en Nueva York. De Argentina, el Teatro Abierto presentó un programa de dos obras cortas de Griselda Gambaro y Oswaldo Dragún, respectivamente, que trataban de resumir en dos estilos bien diferentes el quehacer de un amplio colectivo de dramaturgos argentinos que se han propuesto demostrar la faicacia difundida hace años de que no existe un teatro actual en su país.

#### DE BANDIDOS

De México llegaron dos espectáculos. *Muerte accidental de un anarquista*, de la UNAM (Grupo de la Universidad Autónoma de México), con dirección de José Luis Cruz y la interpretación de un actor cómico de oficio, Héctor Ortega, que pasó por su personal estilo de interpretación lleno de latiguillos y resortes locales el texto de Fo, arrastrando literalmente al público. El otro fue una de las hermosas sorpresas del festival. *El jirafe de la Divina Providencia*, pre-

sentado por el Grupo Universitario de Sinaloa, texto y dirección de Oscar Liera. Una historia de bandolerismo y santificación popular del mito, contada deliciosamente sobre un escenario de dos toneladas de cantos rodados (el obsequio de sus devotos era llevarle piedras a la tumba del legendario bandido, acreedor de milagros, que no dejaba paz después de muerto a clérigos ni terratenientes). La historia se va componiendo como un rompecabezas, fragmentado en secuencias en ruptura cronológica, como un filme hecho de asaltos a la memoria. Los sonidos cobran un protagonismo especial y una sugestiva belleza. Excelente ejemplo de teatro vocacional creativo e insolito.

El Teatro Circular de Montevideo presentó su delicioso espectáculo "El herrero y la muerte", cuento popular como los que utilizaron Susana o Buenaventura, contado con un preciosismo y una gracia admirables, que consiguieron contagiar de entusiasmo al público.

De Perú llegó un delicioso grupo, Yuyachcani con "Los músicos ambulantes", una insólita belleza en las máscaras y el ritmo, teatro de calle radicalmente distinto a la fotocopia a que ya se resigna Peter Schumann de su Bread and Puppet recalentado para cada país y cada festival y que representó en Manizales.

*La crucifixión y resurrección del arzobispo Oscar Romero del Salvador*, con idéntico esquema al que movió un balón viviente en Nancy en 1979, con la inestimable ayuda de aprendices y figurantes. Los peruanos habían calcado sus máscaras y trajes de su tradición indígena Quinua en la artesanía del barro, escenificando satíricamente las luchas de los nativos contra la colonia española. Fue para muchos de lo mejor del festival. Tony Cots presentó *Romancero de Edipo*, en dirección de Eugenio Barba con "números clausus" para los espectadores y prolongados colas a la puerta del teatro, liturgia de preparación que daba pésimos resultados ante la puerta cerrada con unos cientos de espectadores diciéndoles cosas poco educadas.

La nota de escándalo del Manizales-84 corrió a cargo, como es preceptivo, de un grupo brasileño, Aderbal Teatro, con *Bésame mucho*, dramaturgia y dirección de Aderbal Junior, algo así como *Yo me bajo en la próxima...*, pero a doble pareja de actores y con escenas cronológicamente alteradas a las que un gran reloj digital pone fecha. El desparpajo, la agresividad formal, la desinhibición, la carnalidad y el exceso en un juego que ponía cejas fruncidas en los ortodoxos. Historias de erotismo, cotidianidad, militancia, o vida de pareja, puestos sobre escena con una trepidante eficacia.

España estuvo representada por Espacio Cero de Madrid con *Camaralenta*, de Eduardo Pavlovsky y dirección de Roberto Villanueva, una prueba de integración de un autor y un director argentinos en una compañía española, que ha sabido contar con un extraordinario ejercicio de actores (Chete Lera, Pepo Oliva y Nieves Botella) una historia lejana como si hubiera sucedido en Vallecas. La presencia española estuvo completada por los críticos y periodistas Marise Badiou, Xavier Fábregas, Pedro Barea, José Monleón y el que escribe esta crónica. ■